

Entre ellos, Carlos da Silveira, que ante mi imposibilidad de tocar la guitarra por un dedo lastimado, se aprendió él solo el programa de canciones mías, nota por nota, en una semana, para acompañarme estupendamente en aquel festival. Fue el acto de lanzamiento de aquella primera campaña electoral del Frente Amplio. A partir de ese concierto se producen encuentros con varios músicos y me dedico en esos días a hacer varias entrevistas a gente de la generación posterior a nosotros. Por ejemplo, la que me parece más representativa de todas ellas es la que le hago en su casa a Jorge Lazaroff, el querido «Choncho». De alguna manera siempre defino a esa generación como «la generación Lazaroff», o a veces digo la de «Los que iban cantando... a redoblar», uniendo allí el nombre de un grupo emblemático de la resistencia como fue el de «Los que iban cantando» y la canción himno «A redoblar», de Mauricio Ubal y Rubén Olivera. También recuerdo haber encontrado a Fernando Cabrera, Laura Canoura, Mariana Ingold y, en un terreno más folklórico, a Los Zueará y a Larbanois-Carrero. También a viejos compañeros como Carlos Molina, Rubén Lena, Wáshington Carrasco, Cristina Fernández, Eduardo Darnauchans, entre los que habían seguido aquí cantando y resistiendo, y a los que habían regresado, como yo, del exilio: Zitarrosa, Los Olimareños –Pepe y Braulio–, Numa Moraes, y varios que irían volviendo como Aníbal Sampayo, Marcos Velázquez, José Carbajal, Dino, Dianne Denoir, entre otros. En ese período se desarrollan actos en muchos barrios, es como que florecen de nuevo las actividades en los comités de base, y yo canto en varios de esos encuentros, hasta que se produce la elección y, todo eso, después del verano, va a desembocar en el primer gobierno de la nueva etapa.

– *El 1º de marzo de 1985, cuando subió ese primer gobierno democrático después de la dictadura, que llevó a Julio María Sanguinetti a la primera magistratura, ¿cómo viviste ese cambio?*

– Bueno, fue una fiesta colectiva; yo participé de esa alegría, claro que incluyendo «el detalle» de que el nuevo presidente era de derecha, Julio María Sanguinetti, que no era precisamente el deseado por nosotros y después de unas elecciones muy llenas de limitaciones. Recuerdo la presencia de mis amigos de la Nueva Trova Cubana cantando, invitados, para ese acto. Bueno, me ale-

gré de que participaran y de que Cuba estuviera presente a través de ellos, pero yo me sentía un poco raro en todo eso... Y no es casual que yo haya estado presente solamente como público en esos actos del día 1º de marzo.

– *¿Por qué te sentías raro?*

– Me sentía raro por el hecho de que después de tantos años de dictadura hubiera ocurrido que el presidente elegido no fuera de izquierda. Poco a poco yo iría entendiendo ese fenómeno, aparte de lo que te decía sobre las elecciones, como uno de los resultados de la influencia de la derecha en el manejo del miedo, de esa situación como de rehén que vivía y siguió viviendo nuestro pueblo. Así que yo viví esa contradicción, pero rescato el sentimiento de fiesta colectiva que fue formidable, porque en definitiva se estaba caminando hacia una democracia que queríamos nueva y ya se estaba sintiendo la cercanía de la liberación de las presas y de los presos, que todavía estaban en prisión. Luego, a los pocos días, llega la hora de esas liberaciones. Una imagen que se me cruza por la cabeza es la de estar en la calle San José, a la vuelta de la Jefatura de policía esperando la liberación de varios prisioneros, y por supuesto la salida del insustituible Raúl «El Bebe» Sendic, que se estaba reclamando a gritos como nombre simbólico entre tantos. De pronto paró un auto enfrente mío, que iba detrás de uno de esos camiones policiales que son todos cerrados, como cajones de plomo, donde trasladaban a los liberados. En ese auto venían los familiares de uno de ellos, acompañándolo hacia su casa y, al verme en la vereda, con mi hija en brazos, paran, abren la puerta y alguien me dice: «¡Daniel, somos nosotros!»... y era la familia del recién liberado coronel progresista Pedro Montañés, que había sido íntimo amigo de mi padre, colega y compañero frentista. Fue como un milagro que justo apareciera ese recuerdo de mi padre, que ya no estaba, que no pudo ver todo eso. Éste es uno de los hechos que recuerdo. Me acuerdo también de mi reencuentro con Henry Engler, hoy científico reconocido internacionalmente, que había sido rehén de la dictadura, a quien yo conocía como músico, desde la época del conjunto Los Cimarrones, del cual era cantor y guitarrista. Fui con él a casa de Jorge Galeano, donde conversamos con Mauricio Gatti y con Mauricio Rosencof, otro rehén recién liberado. Y poco después, claro, el emocio-

nante acto en la Plaza Libertad, el 17 de marzo de 1985, donde yo leí un mensaje dirigido a todas las presas y los presos liberados y luego canté, y otros compañeros también cantaron y fue un reencuentro verdaderamente emocionante. La plaza se llenó de abrazos porque fue una de las ocasiones más inolvidables, junto con la liberación misma de los presos del Penal de Libertad y, poco antes, de las presas del Penal de Punta de Rieles.

– *¿Cómo encontraste a los uruguayos, a la gente aquí después de los años de dictadura? ¿La gente era igualmente solidaria, o la dictadura había dejado alguna huella de mezquindad?*

– Yo percibí señales de lo que se había vivido: todo ese hostigamiento terrible de la dictadura. La realidad había llevado a la gente como a replegarse, a aislarse, ya que estaba prohibido reunirse. Frente a todo lo que pasaba supongo que hubo que refugiarse más en uno mismo. En ese sentido la canción jugó un papel muy importante, no sólo como herramienta de conciencia, sino también para facilitar la comunicación entre gente con un sentimiento en común. Durante aquellos años de plomo se había desarrollado una resistencia y una solidaridad muy fuertes: la solidaridad con los presos, las visitas en las cárceles, la lucha tenaz y ejemplar de los Comités de Familiares. Algo de eso respiré en mi regreso. Todos esos lazos, esas complicidades, esas huellas de cómo, a pesar de la condena al aislamiento, se había logrado estar juntos, trabajar juntos y resistir juntos. Pero claro que no fue gratuita esa influencia de la dictadura. Yo sentía, por ejemplo, que si bien éramos muy solidarios con todo lo que nos pasaba como pueblo –ahora hablo del primer período de mi regreso– no estábamos tan pendientes como antes de lo que pasaba afuera; había un poco menos de solidaridad presente con las luchas de otros pueblos, que seguían dándose en tantas partes, en Chile, por mencionar un caso. Creo que dejó algún saldo toda esa influencia negativa de la dictadura. Aunque se ha ido superando eso, en el paso del tiempo.

– *Volviendo a tu oficio, ¿cómo te integraste en tanto músico en la nueva situación?*

– En cuanto a mi trabajo como músico, retomé progresivamente mi actividad profesional aquí y recuerdo algunas cosas a señalar, como el recital en el 86, en Cinemateca Uruguaya para